

me adoptar como estandarte. El filósofo inglés admitía la regulación legal de las conductas humanas *siempre que perjudiquen a otro*, según se lee en el propio fragmento que el autor australiano trae a cuento y que ya transcribimos.

Mayores reparos suscita aun la pretensión de comprometer a Immanuel Kant con estas respuestas bioéticas. El concepto de «autonomía» en la ética del filósofo alemán, así como su rechazo del «paternalismo político» (referido a la materia religiosa y a la felicidad de los súbditos, pero no a las cuestiones que tienen que ver con la vida y la muerte) distan mucho del sentido y alcance que les atribuye Charlesworth.

Tal pretendida relegación al campo de la moralidad íntima, de conductas que afectan a otro que hemos impugnado en general, debe reprobarse en todas las aplicaciones particulares que hace el autor, por ejemplo la valoración del aborto voluntario y del infanticidio eutanásico, acciones que, lejos de quedar encerradas en el círculo de la moralidad privada, entran en la alteridad propia de la injusticia, la violación de lo suyo (*suum*) de otro.

Con respecto al aborto, resaltan por su arbitrariedad el término *cuasiderecho* con referencia al *nasciturus*, así como el límite de seis meses de existencia para respetar o no su vida.

También en el caso de la eutanasia con el consentimiento del paciente, nos hallamos en el ámbito de las relaciones de justicia, porque tal consentimiento no obsta a la agresión de un bien ajeno, como es la vida del prójimo que en tal supuesto se conculca, el cual bien, por otra parte, es de aquellos que son indisponibles.

En cuanto al *tratamiento selectivo* (como suele denominarse eufemísticamente al homicidio por omisión de los infantes discapacitados), además de violar abiertamente el imperativo de la ley natural que veda matar al inocente, en la premisa que asume para intentar su justificación, o sea el «consentimiento presunto» de la víctima que se aduce a título justificativo, se opone manifiestamente a la experiencia, de acuerdo con la cual la mayoría de las personas disminuidas a quienes se les ha preguntado si prefieren la existencia merced a la existencia, han respondido la primera alternativa. La apelación de Charlesworth a la «autonomía» para la conclusión que propugna, así como la mención del «beneficio» de la víctima, nos parecen una burda parodia de argumentación ética. Retorcimiento del discurso para esconder la verdad inconfesable: se trata de sacrificar unos seres humanos por nada que se refiera a su beneficio, sino por el puro interés hedonístico de otros.

Hay que notar que en esta materia con frecuencia el autor ha omitido diferenciar realidades que son bien distinguibles, tanto en sí mismas como en su significación axiológica. Así, en sus argumentaciones se confunden el suicidio y el martirio en un mismo concepto (p. 37), también el dejar morir con el matar (p. 41), y asimismo se tratan como cosas idénticas la tolerancia de las opiniones y de la inmoralidad privada en una sociedad, con la impunidad del delito.

Finalmente, estimamos que la obra que hemos procurado reseñar resulta sin duda instructiva, en cuanto representa la corriente ultrapermisiva en la bioética, en innegable expansión en las sociedades anglosajonas.

Camilo Tale

BRIAN J. FARRELLY O. P., *Meister Eckhart. Teólogo místico. Estudio*. Universidad Nacional de Cuyo. Facultad de Filosofía y Letras. Instituto de Filosofía. Mendoza 1997. 266 páginas. ISBN 950-774-020-1.

Huelga decir que Eckhart es una de las figuras más controvertidas de toda la ciencia y la espiritualidad de la Edad Media e incluso de la misma Orden de Predicadores, en la cual ha profesado como uno de los primigenios hijos de Santo Domingo de Guzmán en tierra alemana. Desde el punto de vista cronológico, Eckhart pertenece a la generación inmediatamente posterior a aquélla en que brillaron los primeros maestros dominicos insta-

lados en la vasta geografía del Sacro Imperio Romano Germánico, entonces regido por la casa de los Hohenstaufen. Entre los dominicanos de Alemania, sólo San Alberto Magno había exhibido hasta ese momento una estatura teológica de envergadura superior, pero con la aparición de Eckhart tal escenario espiritual se modifica sensiblemente. Con todo, Eckhart no es el único protagonista de la nueva fisonomía histórica de la teología y de la mística germánicas; de hecho, es uno más, aunque seguramente se le debe contar entre los mayores, de la notable escuela de especulativos y contemplativos que pronto se expandió con inusual resonancia desde las riberas del Rhin hacia numerosos ámbitos europeos.

En este libro, el Padre Farrelly brinda una síntesis de la doctrina del maestro centrada en sus principales tesis teológicas y en los rasgos descolantes de su mística, pero con particular hincapié en los puntos doctrinales que desembocaron en el agitado proceso de su enjuiciamiento y posterior condena pontificia a través de la célebre bula *In agro dominico* del Papa Juan XXII. El autor entiende que la temática principal de la obra de Eckhart se halla enucleada en los siguientes puntos: «Dios, su imagen en el hombre, el desapego de las criaturas, la deificación, el nacimiento del Verbo o del Hijo de Dios en el alma del justo, el retorno al abismo de la Deidad en comunión con las Personas divinas», pero anotando también que el teólogo germano ha empleado «los principios filosóficos de un modo radical, llevándolos a sus últimas consecuencias», como ha sucedido, por ejemplo, con las nociones de ser y de analogía (p. 53). Ciertamente, es necesario concordar con este juicio, pues es innegable que el conjunto de los escritos de Eckhart giran permanentemente alrededor de estos asuntos. En ellos mismos, sin embargo, anida el problema de la interpretación de su teología, sobre todo aquél que concierne a la acusación de fondo que se ha debido afrontar durante el largo proceso de su condena. Concretamente, ¿ha incurrido Eckhart en el panteísmo, tal como surge de varias tesis reprobadas en la bula *In agro dominico*? El Padre Farrelly, sumándose a una corriente hermenéutica en constante crecimiento a lo largo del siglo XX, estima que no hay rastros de panteísmo ni en el contexto integral de la doctrina Eckhart ni mucho menos en sus intenciones teoréticas. Adoptando un criterio hoy bastante generalizado entre los especialistas en la obra de Eckhart, también señala la existencia de no pocos vicios y defectos en los textos de las acusaciones dirigidas contra Eckhart en ocasión de los trámites canónicos que culminaron en la grave censura de la Iglesia hacia sus opiniones: interpretaciones desajustadas de sus escritos, traducciones latinas capciosas y hasta tendenciosas de las páginas redactadas en alemán; tergiversaciones derivadas del quitar las tesis censuradas de sus respectivos contextos, etc.

El Padre Farrelly, como otros estudiosos recientes, también acepta que la prosa de Eckhart, singularmente en su literatura mística, da cabida a múltiples expresiones metafóricas o alegóricas que, trasladadas a la dogmática cristiana, pueden ser objeto de disímiles interpretaciones, aun rebuscadas, o que, en el mejor de los casos, impiden un acceso franco y llano al mensaje del maestro. Sin duda, esta oscuridad, frecuente en el lenguaje de muchos contemplativos, se presta a que sus expresiones sean juzgadas de un modo que no conviene con el espíritu que anima sus obras.

Por nuestra parte, creemos que esta faz del pensamiento de Eckhart se agudiza en sus referencias a la teología mística del Pseudo Dionisio Areopagita, en buena medida la matriz y la más decisiva fuente de inspiración de los místicos escolásticos medievales. Pero es notorio que las divergencias han menudeado entre éstos al momento de precisar el sentido genuino de las enseñanzas del redactor anónimo del *Corpus dionysianum*. Eckhart no parece haber sido una excepción al respecto. De hecho, su exégesis del neoplatonismo areopagítico no ha tenido presente una de las grandes averiguaciones de su admirado Tomás de Aquino: si bien el Pseudo Dionisio trasluce una adscripción indesmentible al neoplatonismo de los primeros siglos de la era cristiana —o sea, a la escuela filosófica que el Doctor Angélico identificó con su alusión colectiva a los *Platonici*—, Santo Tomás ha puntualizado algo verdaderamente escandaloso al oído de sus contemporáneos, esto es, que en el *Corpus dionysianum* se encuentra una suscripción formal de la filosofía aristotélica («Dionysius autem fere ubique sequitur Aristotelem, ut patet diligenter inspicienti libros eius» [*In II Sent.* dist. 14 q. 1 a. 2 resp.]). Ahora bien, ¿cuánto ha pesado en la teología de Eck-

hart la absorción de un neoplatonismo de raíces areopagíticas, mas reduplicativamente insistente en una concepción del ente, del acto de ser y de la analogía cuyo distanciamiento de la metafísica aristotélica ha resentido su concepción de la causalidad y, antes que nada, de la causalidad extrínseca ejercida por Dios sobre todas las creaturas? Difícil es la respuesta a este interrogante que, en nuestra modesta apreciación, bulle en el trasfondo de toda la problemática del panteísmo atribuido a Eckhart por sus contrincantes.

El libro retrata compendiosamente el actual *status quaestionis* de las discusiones relativas a la obra de Eckhart. Su estudio se completa con una abultada bibliografía (pp. 179-263), pero, por encima de todo, hay que aplaudir en sus páginas una justa semblanza del meollo del problema teológico-filosófico eckhartiano, en torno del cual el Padre Farrelly se muestra entusiasta en relación con una feliz revisión de las más destacadas contribuciones del maestro al acervo de la teología sagrada y de la mística medievales.

Mario Enrique Sacchi

YVES FLOUCAT, *Julien Green et Jacques Maritain. L'amour du vrai et la fidélité du cœur*. Pierre Téqui Éditeur. Paris s. d. (1997). 119 páginas. ISBN 2-7403-0445-5.

Yves Floucat ha publicado una reseña de las estrechas relaciones personales que han vinculado a Jacques Maritain y Julien Green durante largos años. Destaca en este libro que la cálida amistad entre el filósofo y el afamado prosista hubo alcanzado una profundidad marcada por la común compenetración del misterio cristiano de la caridad que ambos han subrayado en todo momento. Sus vidas han transitado distintos caminos. Maritain se entregó a la especulación filosófica y a la interpretación del sentido de la policidad de la vida del hombre en este mundo; por su parte, Green no desatendió estos aspectos, pero se reconoció incompetente para abordar dicha problemática con la solvencia filosófica necesaria, de donde decidió consagrarse a plasmar con la belleza de las letras su peculiar visión de las máximas inquietudes del espíritu humano. Maritain polemizó largamente en los campos de la filosofía y de la política; si bien con no menos vehemencia, Green concentró sus desvelos en el drama del hombre que no termina de asociarse con Dios y, seguramente por ello mismo, que ama, odia, espera y desespera en medio de una tensión antitética entre la alegría y la tragedia.

Floucat ha encontrado en la amistad de Green y Maritain un intercambio constante y fecundo de pensamientos y afectos que parecen haber complementado sus respectivas actitudes personales frente al misterio del cristianismo y a las vicisitudes de la vida humana. Inicialmente Green se presentó ante Maritain como un joven atormentado, víctima del extravío y de la desorientación que sólo fueron superados mediante su conversión a la fe cristiana. El filósofo halló en aquél una suerte de patética encarnación existencial de la turbulencia que azota al hombre europeo de este tiempo. Quizás por ello Green se alzaba ante los ojos de Maritain como un ejemplo cabal del hombre que exhala una indigencia extrema de Dios y del amor cristiano. Como contrapartida, Green obtenía de Maritain no sólo enseñanzas de carácter teórico, sino también la mano tendida como testimonio de una dilección volcada sinceramente a una praxis de vida y a la concreción de la alianza propia de la amistad cristiana.

El texto de este pequeño libro merece ser leído y releído con el propósito de verificar el modo en que un filósofo como Floucat puede ensayar una interpretación de nexos espirituales tan íntimos cuales aquéllos que han ligado a Maritain y a Green. La tarea no es para nada sencilla; de hecho, el autor no ha pretendido avanzar sobre los secretos de una comunicación interpersonal que no resiste análisis filosófico alguno, pero que se ha irradiado *ad extra* atestiguando la unión indestructible de dos almas cuya amistad las ha elevado y gratificado mutuamente.

Mario Enrique Sacchi